

## *Desteoría de la ciudad*

### El lector es advertido

**Y**a el título de este ensayo está haciendo una proposición conflictiva y polémica, lo cual corresponde a la esencia del problema. Pues si hasta el presente con las teorías nada se ha mejorado, supongo irreverentemente que con la desteoría se podría hacer un intento de otro tipo.

Teoría —y en especial teoría social— puede ser desarrollada cuando existe una voluntad de respetar ciertos acuerdos mínimos entre las diferentes partes de una sociedad y que significan la base para la creación de un cuerpo de ideas (un ideario) emanantes de esos acuerdos sociales. Por el momento, no veo nada en el panorama latinoamericano urbano que me aliente a pensar en tal sentido.

No se gana nada con lamentar tal estado de cosas. En el peor de los casos, dejo de preocuparme. Voy a imaginarme hipótesis: la primera hipótesis de la desteoría es la aseveración de que no hemos estudiado bien los fenómenos. Pedirle peras al olmo es, por ejemplo, pedirle a una municipalidad que resuelva los problemas del transporte, pedirle a los Bancos Hipotecarios Nacionales latinos que piensen en un “sistema ideal de crédito para la autoconstrucción”.

Basta ya de todo eso. No se pide nada a nadie. O mejor dicho, no se razona sobre la base de que pidiendo algo se llega a alguna parte en la solución de los problemas. A algo se llega luchando. Los patrocinios y beneficios (hacer de padre, repartir bienes) terminan en soluciones aparentes. Las luchas se dan con la convicción de ganarlas; de otro modo es difícil que se den. Y además, siempre hay una forma de lucha, como la lucha urbana.

Si el urbanismo pobre es lucha urbana —lo es, sin duda— entonces urbanismo y planificación urbana son sinónimos, o casi, de teoría de la lucha. Como esa teoría de la lucha no se les enseña a los arquitectos en las Universidades pueden

aprenderla, si están dispuestos, en otros escenarios. Y puede ser que lleguen a cosas como la desteoría.

Y si digo que no hemos estudiado bien es porque supongo que aún se puede lograr estudiando antes de decidimos por el irreversible método de proceder a una continua y sistemática eliminación violenta de enemigos, contrincantes, antagonistas de clase, etc., etc. Se podría suponer que la meta "sociedad civilizada" aún no se ha esfumado —a pesar de Vico— definitivamente del horizonte urbano latinoamericano, a pesar de la Administration de los Estados Unidos.

Digamos pues que resultaría aconsejable una división del trabajo: por una parte están los luchadores, los que creen en la construcción de ciudades para sociedades civilizadas; por otra parte está un resabio de cavernícolas, un colorido cuadro truculento de seres difícilmente identificables con los que eso quieren, seres que han dejado de sentir como humanos.

Dado que uno de los atributos de la sociedad que ellos se imaginan es la rapiña por medio de contratos y si no, la guerra, los latinoamericanos debemos vivir en un doble escenario: por un lado, la sensación de que sin orden estricto en nuestros actos sociales no podremos jamás llegar a nada, y el otro escenario, en donde se ve claramente que no van a dejarnos llegar nunca a donde ellos han llegado. El poder estar en los dos escenarios al mismo tiempo es kafkiano, pero es así. Casi siempre.

Para las lagunas e incorrecciones en el texto, sobre todo en las caracterizaciones sociales, ruego concederme al menos el reconocimiento por haber intentado unas categorías progresistas. No se discuten aquí textos de otros autores, ya que este ensayo no pretende ser un trabajo estrictamente científico; si le fuesen aplicadas las pautas de Eco para un trabajo de tesis, creo que cumpliría sólo aquélla de decir cosas nuevas; en parte ese trabajo es innovador por la cantidad de disparates que acumula. Por eso no tiene una lista bibliográfica; si la tuviese podrían suponerse dos cosas; una, que no entendí lo que leía; o dos, que usé autores malos. Y la impresión de ambas cosas quisiera evitarla al máximo; pero cuando me ha sido inevitable y hacer una cita, puedo asegurar al lector que he consultado con queridos colegas que conocen el tema y a quienes agradezco sus alcances y los descargo al mismo tiempo de toda responsabilidad por la interpretación que yo haya hecho de ésto. La modestia de ellos me ha impedido que los cite aquí. Mi mayor reconocimiento.

### **Crisis social y urbana**

Hablemos de ciudades: una considerable parte de la población del mundo vive en ellas. Y cada vez aumenta en los países del tercer mundo la población urbana; dada las condiciones de habitabilidad miserables de una gran parte de

esa población urbana, no es de extrañar que casi todos los urbanos se sientan mal en su más grande invención sobre este planeta (por lo que hace al volumen). Y como se sienten mal, tratan de hacer todo lo posible por sentirse mejor; algunos son idealistas y tratan de arreglar la cosa para todo el mundo; no les va muy bien. Otros, la clase dominante (en donde hay una variada colección, no sólo patrones), oprime a los oprimibles; en eso de la opresión les va generalmente bien a los opresores, pero a veces no y entonces los cuelgan o los fusilan.

Los que no están encargados directamente de la tarea de la opresión y su corolario práctico, la represión, pretenden gozar de una vida sin preocupaciones menores; pero no es así, pues pronto deben constatar que la hora de la vejez y de la decadencia le llega también a pesar de su rutilante carrera; y es a partir de ese momento que se convierten en una población fantasma, lo que sería el "*Mundo Feliz*", la inolvidable ficción de Aldous Huxley. En los países industrializados de una manera, en las metrópolis de los países pobres, de otra manera, aunque no menos fastuosa, incluso con más aparatosidad y por contraste con la pobreza, como en los cuentos árabes.

En este trabajo vamos a tocar algunos de los temas que tienen que ver con la ciudad, indicados en la *Advertencia al lector*, aquí completaremos que *ciudad* será para nosotros una ciudad grande o una metrópoli. Un tipo de ciudad compacta, que ha recibido un enorme número de población extra, ha implosionado y hoy desborda. Una gran-ciudad inerte, con soluciones parciales desesperadas en las partes más expuestas a la crítica. Comprendemos que *Metrópolis* es la marcha sin conducta urbana, es el receptáculo de todo para el caos. La vilización se pierde ahí, se deshumaniza.

Y cuando se trata de aglomeraciones donde predominan las discriminaciones económicas, sociales, étnicas, religiosas, tanto en Londres como en Caracas, veremos en qué forma la gran ciudad acelera su proceso de descomposición; seguramente para convertirse en otra cosa: en los países industrializados en un lugar de confrontación y rebeldía; en América Latina (sólo nos ocuparemos de ella por razones de método y conocimientos personales) para recibir en la forma más indigna posible a la aniquilada población campesina, víctima de la especulación latifundista y del desmoronamiento de los antiguos modos de producción precapitalista.

Suponiendo que esto que dije sea verdad e importante y que haga falta demostrarlo (demostrarlo sería como escribir la historia del urbanismo bajo el aspecto del crecimiento urbano), más de uno se preguntará cuáles serían los medios que propondría para impedir que la ciudad aumente de tamaño.

Uno de los medios sería no construir más en la ciudad, con lo cual esta no aumenta de tamaño. Veamos esto en detalle. Aumentar de tamaño tiene dos significados —ambos se refieren a las tesituras urbanas: el primero es extender-

se en superficie, como una mancha, sobre la tierra. El área de una ciudad, su ejido es la delimitación jurídica territorial de las tierras comunales de esa mancha. Limitarla es una manera de impedir el crecimiento de la ciudad e impedir también que invada el campo adyacente, que lo engulla. Para la eficacia de este método hacen falta municipalidades coercitivas en grado sumo, que no teman ni sucumban frente a los diferentes tipos de ataques de las multinacionales.

Otro medio sería tratar de detener la implosión, o sea, la condensación de la estructura urbana, del tejido urbano. En las ciudades implosionadas sucede lo que en un omnibus lleno, relleno y requetelleno; —es el aumentar pisos a las edificaciones existentes y para dar más cabida a vehículos ensanchar las calles, hacer desaparecer las plazas y reducir disimuladamente los parques, a tarascones hacer desaparecer las reservas naturales. Eso todo el mundo lo sabe pero lo considera acorde al progreso. Lo que es altamente cuestionable; sin embargo, un proceso permanente de adoctrinamiento durante mas de un siglo ha conducido a la humanidad al estado de adoradora de ídolos de ese tipo. Todos estamos traumatados, o muchos. Hay unos cuantos que no lo están, y por eso mismo parece que lo estuvieran; es un síndrome urbano bien conocido. Yo soy de los que creen que casi siempre es conveniente escuchar a los locos atacados de esta locura.

Es cierto que hay muchos que han estudiado todos los puntos hasta ahora mencionados. Pero por una comprensible deformación profesional cuando se trata de ediles, éstos proponer construir, cuando se trata de sociólogos, ellos proponen transformar la sociedad, cuando se trata de economistas, su propuesta es elevar el ingreso per cápita de la población, en cuanto a los políticos, gobernantes y funcionarios, mejor nos ahorraremos el comentario.

Se podría decir que la pregunta habría que dirigirla a los sindicatos, a los obreros y obreras, a los sin-casa, a los desocupados y a todos los demás perjudicados de la sociedad.

Pero una pregunta como la formulada, o sea, si tiene sentido impedir el crecimiento de las ciudades, es recibida por esos grupos sociales de muy distinto modo. Los sindicatos creen en el progreso, todos sin excepción, pues les significa trabajo. Los obreros y las obreras, cada uno y cada una defiende su salario a toda costa, incluso a costa de su propia existencia. ¿Qué pueden decir los sin-techo, los desocupados, los parias?, para ellos la ciudad es algo muy vago. Sus problemas están pegados a su piel, metidos dentro de sus huesos, correspondiendo estrechamente con su miseria.

Sigamos hablando de ciudades, estudiando sus fenómenos, analizando protestando denunciando a los fariseos. Pero defendamos a quienes realizan una labor constructiva. Creo que nos hace falta una discusión a fondo de alternativas desacralizadas. Estamos con la nariz demasiado pegada a la vidriera detrás de la

cual está la torta, para ver lo que hay en las otras tiendas. No queremos tocar la ciudad porque nosotros mismos somos urbanos y nos da miedo ver una ciudad desmoronarse. Sirva de ejemplo La Habana de hoy; todo el mundo trata de ponerla al día, limpiecita y si es posible, más grande aún.

Esas alternativas no son tan evidentes en lo físico de la ciudad, el deterioro de la Habana no fue sólo producto de las inclemencias del tiempo. Este actuó sobre la ciudad porque los que debían protegerla no lo hicieron. Esos mismos quieren hoy salvarla. Es válida la pregunta: ¿en qué dirección salvar; con qué proyecto?

La vida social puede partir de un número reducido de componentes hasta llegar a las grandes aglomeraciones existentes hoy en el planeta. Dentro de esos términos extremos de la escala, las relaciones de todo tipo serán resultado de innumerables condiciones. Algunas relaciones irán adquiriendo el carácter social más marcado según aumente su significación para el desarrollo del grupo o nación.

Las relaciones entre lo social y lo espacial serán cada vez más complejas en la historia. Las relaciones entre los individuos marcarán tanto al espacio como al individuo dentro de ese espacio. La historia nos presenta bien explícitamente una transformación permanente hacia determinados "modelos" de comportamiento y de espacio. Entre estos hay, sin ninguna duda, un nexo profundo y determinante. En las sociedades urbanas actuales y, sobre todo, en las grandes aglomeraciones podemos observar, fenómenos inexistentes en sociedades campesinas contemporáneas e incluso de la misma conformación a nivel nacional. Se dice que ciudades que han tenido un crecimiento repentino, debido a migraciones internas especialmente condicionadas (casos Madrid, Roma, Argel, como consecuencia de una centralización del aparato de control y toma de decisiones a nivel nacional en función de un determinado proyecto político económico de desarrollo nacional, según las pautas del mercado internacional), son todavía "ciudades de ambiente provinciano", con lo cual se quiere significar un proceso más que una situación de pérdida o de no asimilación de valores urbanos decantados a través de largos períodos históricos. En todo caso, sería interesante diferenciar el carácter provinciano de las poblaciones migrantes en función de su propia historia. En América Latina se habla de "ciudades campesinas", término de la antropología que define una ciudad en el campo como un ente urbano específico, muy distinto de la ciudad "urbana".

Por cierto que esto puede aparecer como muy ambiguo ya que lo urbano se presenta desde varios aspectos, según el método de observación (relación espacio clase, descripción de monumentos, relatos turísticos y anecdóticos, historias de vida, etc.) y que, pese a los esfuerzos de tantos escritores y a la propia capacidad perceptiva y racional del individuo urbano, sigue resultando muy difi-

cil sistematizar lo urbano y menos aún reproducirlo en el tablero o en la pantalla de la computadora. A veces ha sido posible aprehender parte de la problemática, quizá con algunas cosas de Zevi, Alexander, Lynch, Van Eyck, Mitscherlich, entre los teóricos, Flora Tristán, Beatriz Guido, Rigoberta Menchú, Doris Lesing entre las escritoras e ideólogas, quienes desde muy distintos ángulos se han propuesto ver el espacio urbano como la resultante de una consciente voluntad social, dirigida a hacerlo, usarlo, percibirlo y rehacerlo. Por otro lado, autores como Pirenne, Wittfogel, Mumford, Braudel, que tratan de desentrañar con diferentes enfoques los orígenes de nuestra concepción occidental de la ciudad, logran entusiasmarlos hacia una investigación más atractiva sobre las formas urbanas que la ofrecida hasta ahora por un funcionalismo en aguda crisis. Y finalmente, autores de izquierda, Roberto Segre en forma muy especial por su excelente trabajo sobre Cuba, realizan una valiosa tarea de razonamiento de los fenómenos de un urbanismo "nuevo". Sin embargo, hay sectores poblacionales que no han sido llamados a debate y no podemos decir que conozcamos la opinión de los grupos étnicos marginales (entendiendo por tal la marginalización compulsiva).

Debemos estar informados sobre el urbanismo socialista que se presenta durante un período de transición, donde las formas capitalistas han desaparecido momentáneamente pero que aún ejercen mucha influencia en la forma social, en los gustos, expectativas y conductas individuales y colectivas; debemos saber sobre las experiencias chinas, la lucha de clases en los países centrales y la lucha por la mera existencia de las personas bajo el umbral de la pobreza en África, América Latina y la Asia, las cruentas luchas por una ansiada liberación en Sudáfrica, Chiapas, la península balcánica y Chechenia. Lo que se pretende hacer olvidar con los delirios de viajes extemporáneos y extraterrestres, de los que son culpables los alucinados de la NASA, el inmenso mundo de la comunicación masiva, la droga, el deterioro del medio ambiente, la pesadilla del desempleo, los nuevos problemas raciales, etc.)

Todos estos factores hacen que hablar de espacio urbano tenga hoy un significado mucho más complejo del que se planteaba Henri Lefebvre en su *Révolution urbaine* en 1970 cuando nos explicaba el paso de la ciudad a la sociedad urbana, como "sociedad que nace de la industrialización".

No quiero decir con ello que el planteamiento básico de Lefebvre, una interpretación marxista del espacio urbano con especial atención de la "urbanidad" de las clases populares, sea hoy menos válido; más bien se trata de la introducción de nuevas variantes en el complejo socio-urbano, como la superconcentración de la población, tanto en cantidad absoluta como en densidad poblacional y edificada; la desesperanza de amplios sectores de la juventud urbana, que no encuentran ningún tipo de futuro, el crecimiento ininterrumpido de las instancias de control económico de parte de entidades estatales, supranacionales y multina-

cionales sobre la población, etc.

Posiblemente haya que hablar de espacio en términos de ciencia ficción. A veces pienso que los científicos no tienen tiempo para darse cuenta de las metamorfosis que producen en las grandes entidades sociales en el ámbito mundial, cuando como resultado de sus investigaciones, motivan a la oficialidad capitalista para lanzar al mercado internacional algunos de sus nuevos, revolucionarios y apabullantes inventos. Y quizá en este caso se esté tratando de algo muy simple; las radios, los televisores. La radio a transistores, por ejemplo y la complementaria invención de las caseteras y el video. O el lápiz pasta, la bolsita de plástico; y mucho más antiguo pero no menos importantes, el termo, la hielera y si se quiere, la jeringa desechable.

Todas estas cosas fueron inventadas para aliviar trabajo, ahorrar tiempo, evitar contagios, divertirse siempre, que se yo (y se siguen inventando otras, incensamente). Una retrospectiva histórica nos haría ver que, en una época en que algunos tenían tiempo, que se daban el lujo de desperdiciarlo o sino de hacer algo, o que podían encargarlo a alguien pagando un poco por mucho tiempo de trabajo, se comenzó a decir que *times is money*. Y la civilización moderna ha producido el *nomadismo funcional*, por el que, mientras una parte de la sociedad se pasa una parte de su vida *sobre ruedas*, la otra está pegada a la fascinante castrante pantalla del operador controlando y ambos controlados por los superpatrones, situados en lugares más firmes que la roca más firme, desarrollando un proceso histórico casi incomparable a cualquier dinastía anterior.

¿Quiénes tienen en este caso la preeminencia, quiénes la capacidad para imponerse? Es un problema que se tienta resolver con acuerdos; en caso contrario, con guerras. Seguramente los intereses capitalistas por la tierra rural y el suelo urbano, sobre los mares, sobre el espacio en general, imponen modalidades según lo permitan las propias luchas específicas; así vemos intensificada la vida salvaje, errática por los rincones perdidos del mundo junto a la tranquila paz hogareña en un barrio discreto y suburbano de París, Londres o New York; mientras eso no sea un mentira demasiado flagrante para los posibles protagonistas. Un salvaje en una vivienda de París o un burócrata perdido en Borneo, por ejemplo.

Por su parte, los intereses de los países socialistas, basados en el desafío descomunado que debe ser afrontado a toda costa, tiene aún enormes lagunas conceptuales y prácticas; pero en general no cabe duda que su concepción espacial en su conjunto y la urbana muy en particular llevan a una dignificación de la vida social. Sin embargo, cosa curiosa, mientras el tecnócrata capitalista e incluso el patrón burgués están hoy menos renuentes a un urbanismo algo humanizado (ya que no hay más remedio) y están dispuestos a evaluar una programación ecológica, los tecnócratas socialistas son más reacios a disminuir el empuje

de la industrialización. El espacio urbano se ofrece sin ecología.

Salvando las diferencias que pudo haber entre un sistema social demócrata tipo ex RFA (República Federal Alemana) y un socialismo como la ex RDA (República Democrática Alemana) (hasta la reunificación en 1990) las concepciones del espacio urbano que resultaban de ambas proposiciones no pueden ser vistas como absolutas, ni en su acierto ni en su error; en cambio, si nos atenemos a lo que resulta de la práctica de principios que ninguno de los bloques rechaza, incluso hoy, en relación con el espacio urbano, se estaría inclinado a ver una motivación de creatividad mayor en los países europeos occidentales que en los de Europa Oriental.

Pero se podría aportar un argumento nuevo, dado como consecuencia de la intervención de grupos de izquierda y/o centroizquierda, independientes de los gobiernos nacionales en el quehacer municipal y barrial en algunas ciudades de importancia, sus líderes son personalidades políticas progresistas como en Roma (el alcalde Giulio Carlo Argán y respetado crítico de arte), en Barcelona (el Ayuntamiento que estudia el ensanche de la ciudad) o Curitiba (el Alcalde, que organiza el problema de los servicios urbanos).

Esa ley reclamada pero no sancionada de la calidad urbana (o no reglamentada ex profeso para su aplicación en ambos bloques políticos, la derecha y la izquierda) puede hasta parecer ambigua y errónea a la vez, si la calidad social de ese espacio es muy baja o inaceptable según pautas también reconocidas (p. ej., viviendas demasiado pequeñas, distancias inmensas entre los lugares de trabajo y vivienda, alto costo de los servicios, etc.). Además, en épocas de recrudescimiento de violencia urbana, coincidentes con las crisis capitalistas periódicas, con su secuela de brotes fascistas al interior de sociedades tanto burguesas (últimamente también socialistas), el espacio tanto rural como urbano, se convierte en un verdadero campo de lucha, represión y masacre. En estos casos barricadas, terror policia, bombardeos son los determinantes de la *calidad* del espacio.

Pero además está el universo de este planeta paternizado por la civilización y algo de la cultura euro-occidentales: el sufrido tercer término de la ecuación planetaria, llamado simplistamente Tercer Mundo, (hoy obviamente desaparecido) impedido históricamente de fabricarse su propia alternativa frente a exigencias sociales. El traspatio es hoy planetario, fin último de la globalización. En un mundo que no cuenta para resolver sus problemas con muchas posibilidades de elección (a pesar o precisamente por las *fabulosas riquezas de sus comarcas*) y que se debate entre la ilusión de ser propietario de tales o cuales cosas, y la crudeza de las imposiciones de un desarrollo racional (hoy sustentable y sostenible, globalizado y algo más, ¡ah sí, postmoderno!) organizado según leyes que le son las más de las veces desconocidas, en todo caso siempre altamente desventajosas.

Ese complejo conjunto de sociedades, donde el grupo familiar, el clan o un déspota local con sus excentricidades y manías es más tangible y por ello hasta cierto punto más humano que aquellas leyes económicas y de desarrollo y más débil que la máquina más simple, incapaz de comprender el universo de los programadores, robots o radares, en síntesis, el poder inasible e impenetrable de la técnica moderna. Es poca la resistencia que esos pueblos pueden oponer a ese universo. Y así, sus sociedades caen en la trampa, y sus regímenes y programas son a veces tan contradictorios o más que los de los países dominantes o más desarrollados.

En estos países que corresponderá llamar *marginales* o algo por el estilo, el espacio (urbano al menos) se disgrega a la par que las sociedades que sustenta, formado por ellas mismas; y es invadido por objetos, artefactos, máquinas, modalidades, es abandonado o usurpado según corrientes y grupos de interés aún contradictorios y en lucha, aún en períodos durante los cuales, como en los viejos países socialistas, el socialismo "ha sido consolidado lo bastante como para poder pasar al capitalismo", según la cínica frase de los privatizadores.

En los países socialistas que van quedando esas contradicciones se suman (o sumaban) a la deficiencia de los grupos dirigentes; deficiencia que impide resolver, o por lo menos proponer la salvaguarda de ese espacio que, como se dice, debe servir a una sociedad nueva y permitir el surgimiento y el desenvolvimiento del hombre nuevo. Frase que se ha esfumado.

Una cosa es relativamente clara: cuando las clases dominantes inician la lucha y la destrucción física del espacio de un pueblo, de una sociedad, de su espacio, el elemento fundamental de análisis debe ser el aspecto lesivo, el horror que producen la masacre y la destrucción. En este caso el pueblo defiende sus espacios e instituciones que el enemigo se propone destruir. Eso pasa siempre. Pero esa concepción espacial es muy particular, es surgida de la guerra. Para ellos son otros los criterios, es otra la percepción de las cosas, de lo feo, lo bello, importante y secundario, útil y superfluo, cercano y lejano; es otra la visión que se pueda tener de una calle, plaza, playa, montaña. Siempre es posible que alguien piense o sienta nostalgia por un espacio hoy destruido durante los ataques y contraataques y que fue escenario de vida querida. Así ha de ser seguramente, pero eso no define una batalla (Omar Cabezas) y el espacio vive una transformación real. Me parece válido estudiar así el problema socio espacial.

### **La ciudad y la ficción**

"En muchos sistemas sociales encontramos la vida pública como medio de integración complementario y la vida privada como lujo de aquéllos que viven en la abundancia o como salida a una existencia aislada. La vida urbana, tal

como la conoceremos, se caracteriza, sin embargo por la dualidad y la relación de intercambio de la vida pública y la privada comienza a dominar la vida en su totalidad, vale decir, la de todos aquéllos que toman parte en el vivir ciudadano".

"En todo caso, dejando de lado por el momento estos filósofos, es evidente que el mundo social de los tecnócratas modernos, un mundo en absoluto carente de ideologías, constituye simplemente una ficción".<sup>2</sup>

La definición de la ciudad no es tan relevante. Es cierto que es una preocupación académica, pero con cierta tristeza digo que, ya que éste no es un escrito académico, entonces... creo que tal definición nos sería de poca utilidad para el análisis que me propongo encarar. Posiblemente fuese mejor hablar del nexo entre la ciudad y su productor, el hombre. Y en este punto la pregunta más relevante es quizá: ¿cómo es ese hombre que la ciudad ha producido, cómo son esos hombres, esas mujeres? Se dice que la ciudad no existe (Weber), sino que existen ciudades. Por tanto se podría decir que no existe el habitante de la ciudad y sí, en cambio, los habitantes de las diversas ciudades; ello nos llevaría a una interminable búsqueda de los diversos modos de vida, del ser y del actuar de los habitantes de las innumerables ciudades: ello nos obligaría a abandonar todas las *tipologías urbanas* más o menos establecidas como arquetipos, por ejemplo, la ciudad europea, la oriental, la latina (el gran aporte de Maldonado, a quien admiro); ello nos obligaría a buscar un cambio nuevo. Esta posibilidad sería la condena del funcionalismo y del tecnocratismo.

¿Por qué digo eso? ¿Acaso soy funcionalista? Mi respuesta es que todos los somos, aunque vivamos en épocas postmodernas. El funcionalismo es muy útil para resolver aparentemente muchas cosas públicas (y quizá también privadas: el vendedor siempre pronuncia con mucho énfasis la palabra *funcional* cuando ofrece, por ejemplo, un armario a su cliente). Digo esto porque no veo que el funcionalismo todavía haya sido reemplazado o vencido por el postmoderno, el que en caso necesario recurre a aquél cuando se trata de cuestiones pragmáticas.

Frente al peligro de tener que diseñar para miríadas de ciudadanos distintos —que sería como una propuesta de total liberación para el diseñador—, el funcionalismo se defiende atacando usando varias armas: existen problemas técnicos, dice, que deben ser resueltos según un criterio organizatorio y siguiendo métodos que aseguren el éxito; en el quehacer social, continúa, todas estas componentes se van determinando y relacionado dentro de una intrincada estructura, como un mecanismo de relojería atónica y es así como la ciudad *funciona*: agua, electricidad, tráfico, instituciones, trabajo, distribución, servicios, consumo, vivienda, etc.

Esta afirmación es aparentemente correcta y presentada libre de sus incorrecciones, como inocente, parece banal, lógica. Pero si bien los tecnócratas trabajan

con ella, lo que no está definido como concepto inicial es la *función*. Y por ello, el camino no está definido. El tanteo sigue siendo la regla de oro de la práctica de diseño y planificación urbana. La solución puede ser esta o cualquier otra. Puede haber muchos caminos y se puede tomar cualquiera de ellos. Ni siquiera los grandes maestros son consecuentes con ellos mismos y nunca han aplicado sus soluciones geniales dos veces. O se repiten las partes fáciles de una solución, como ejemplo, el eje. Y allí, el postmoderno entra en acción, ¡ta tán, ta tán!

Y los caminos que los habitantes de las ciudades transitan, sin embargo, son muchos e indican una evidente participación grandemente variada, irreverente, imperceptible o molesta. Con ella van imponiendo sellos, siglas, sintagmas, insultos e ironías, que desarman la seriedad de los expertos y modelan al ciudadano o al metropolitano y lo diferencian del campesino. La movilidad social de un país nos da los matices de desarrollo de la conciencia colectiva entre esos dos polos de la conciencia social, ciudadano y campesino. Alejado de la verdad secular de la ceiba, el campesino se hace metropolitano poniendo postes y abriendo zanjas.

Muy bien, ya hemos reventado al funcionalismo. Al diablo con la estructura. Y si ésta no sirve, entonces, ¿con qué elementos de juicio vamos a poder observar, analizar, clasificar. ¿Cómo vamos a meter en diferentes bolsitas con un lindo rótulo cada una a ciudadanos de tan diversas complejidades como los de Nueva York, Argel o París, por ejemplo? ¿Cómo descubriremos la manera en que el funcionalismo —entre otras teorías— está estableciendo sin tregua verdades y postulados de eficiencia que pretendidamente nos ayudarán a desenredar todos esos ovillos?; ¿cómo vamos a aprender de una teoría que todo lo somete al común denominador de lo que debe ser funcional, abstracto, numerable, porcentuable, eficiente? ¿Cómo se defiende el habitante de esas ciudades frente a los ataques dirigidos a diversa identidad.

En el abundante material publicado sobre los procesos urbanos podemos seguir una discusión fascinante sobre la génesis y la metamorfosis de la vida urbana. Una constatación fundamental parece ser que la viuda urbana se produce dentro de un sistema ideológico (creo, contra la opinión de Tomás Maldonado que los tecnócratas tienen su propia ideología; pero eso ya está dilucidado: la ideología no muere: ahora ha renacido en la globalización). Antes de las primeras manifestaciones del funcionalismo, la ciudad era un objeto aprehensible, concreto, relativamente simple. Su administración era la tarea de unos cuantos funcionarios a disposición del príncipe absolutista, el desarrollo urbano estaba aun lejano y la industrialización apenas comenzaba, con toda seguridad apartada de la ciudad.

Antes de ello y como sólida base para la ciudad barroca, a partir del nacimiento de las ideas de "comunidad urbana", se plasmaron las primeras manifes-

taciones urbanas de la Edad Media; el conjunto de los habitantes de una ciudad se dieron un sistema de vida, el que se caracteriza, entre otras cosas, por la consideración y resolución entre todos, de los problemas urbanos que se les presentaban y por el tipo de discusión abierta. Es el meollo del Humanismo.

Posteriormente y aún durante las épocas de la más represiva política absolutista, la ciudad barroca conservaba todavía rasgos de un organismo físico controlado por la comunidad a pesar de los evidentes embates del capitalismo inicial y de la connivencia del monarca con él, sobre todo en la cuestión impuestos. De hecho son los impuestos y los intereses cobrados a los reyes guerreros lo que significó una buena parte de la acumulación original que posibilitó las inversiones en las fábricas del siglo XVIII, aún en aquel entonces de propiedad del reino.

Del lento desarrollo secular, que había cambiado poco el aspecto de las ciudades europeas (y menos aún el de las asiáticas, africanas y americanas) durante los cuatrocientos años desde el descubrimiento de América, se pasa a fines del siglo XIX a una aceleración social inusitada; se transforman las estructuras técnicas y políticas, y con ese cambio, los de la concepción de comunidad, se agudizan las contradicciones entre las diferentes clases sociales y se forman sectores físicamente antagónicos al interior de las ciudades; por un lado, los barrios elegantes, opulentos, bien ubicados, de gran burguesía (siempre había existido pero no habían sido cuestionados ni menos atacados por el pueblo); y por el otro, los arrabales miserables del naciente proletariado, que se había formado de las viejas corporaciones urbanas y que ahora desarrollaban un nuevo modo de solidaridad de la miseria.

Se añade a esa población empobrecida el aumento de las masas humanas producido por el éxodo rural, la famosa migración campo-ciudad, para convertir al campesinado en clase obrera alienada por los cambios por el trabajo de fábrica, desarraigado y sin tierra. Los industriales, ciegos y sordos a cualquier tipo de reclamación obrera, requieren y consiguen de los Estados las garantías para una constante mayor concentración de instalaciones, personas y capitales, con lo cual las ciudades se inflan como un cuerpo súbitamente enfermo.

En dos siglos, la ciudad inventada por el capitalismo europeo (inglés, alemán, francés, etc.) y norteamericano, nacida dentro o al lado de otra y transformada por acciones tan brutales, ha experimentado una vida compleja y azarosa de deterioro real en algunos sentidos (por ejemplo, en lo que se refiere a la saturación del espacio urbano); o de mejoras comprobadas (la disminución relativa de las epidemias y los incendios) y hasta de ventajas para los pobres (las probabilidades de vivir una vida más diversificada en lo que se refiere a las oportunidades de trabajo y comercio), y por último, un proceso general de aumento del nivel de cultura y convivencia (oportunidad de encuentros en deportes nuevos como el boxeo, de diversiones como el teatro popular o con los recién

llegados, el cine y el fútbol; la cultura de masas).

Esa ideología se movió dentro de una realidad actuante, que había permitido en el siglo XVIII a los intereses del capital actuar en un azaroso clima de limitada libertad para, con el tiempo seguir insistiendo en los métodos de producción que le asegurasen los más altos rendimientos; el mercantilismo de la época en que los monarcas aún veían al Estado como la acumulación de poder personal, consolidado a través de guerras territoriales: Luis XIV: "*L'Etat c'est moi*".

El racionalismo —base ideológica del funcionalismo— nació en el seno del despotismo ilustrado y acompañó siempre a la ciencia y a los procesos productivos de la Revolución Industrial; en cuanto a la estructura urbana instituyó la necesidad de disponer de una infraestructura que funcione perfectamente. Para lo cual hace falta desarrollarla lo más posible. Se podría considerar al tecnócrata (= funcionalista que crea el sistema de organización espacial del centro de una capital europea moderna) como un heredero del arquitecto de Versalles pero con la capacidad de pensamiento y acción de un ingeniero; sólo hay que cambiar la tracción a sangre por la de la locomotora y el automotor: el palacio por la Administración. Con ello se asegura la expansión ilimitada del horizonte comercial, exigencia máxima del capitalismo.

Y hoy la administración en las oficinas técnicas reemplaza a la multitud de voluntades individuales que configuraban la diversidad, la pluralidad de las ciudades. En pocos decenios se ve la introducción de componentes trascendentales en la dinámica urbana, medios de transporte, el espectacular invento del avión, la nueva manera de comunicarse que empezó con el teléfono y hoy es el cable, la electrónica por satélite e inalámbrica, los vehículos telecomandados, etc. Todos ellos han remodelado y seguirán remodelando la forma física de la ciudad postmoderna y, con ello, a sus habitantes. Son hechos.

Esas componentes son, a su vez, absorbidas, incorporadas a la voluntad de la vida ciudadana; sin ellas el metropolitano se siente huérfano de una gran parte de su identidad social, que necesita a pesar de los inconvenientes que le provoke; los que han sido incorporados en el curso de este proceso como componentes psicológicas de la vida urbana.

De la crudeza de esos inconvenientes, como de sus efectos, el ser urbano —metropolitano— saca las pautas que le permitirán formular su proyecto de vida, en determinadas circunstancias es alienado, pero no por ello esencialmente urbano. Esa es una contradicción consubstanciada con la vida de las ciudades. Fuera de toda duda, el carácter moral y político de este último enunciado no es menos real y por tanto necesario como dato objetivo para el manejo de una teoría posible (todavía tengo esperanzas en la teoría, parece). Sabemos que el racionalismo no utiliza, más bien prescinde de estos aspectos al pretender crear

ciudades donde no haya conflicto”, lo cual es el paradigma del ideal funcionalista.

En tal sentido no sólo que el racionalismo presenta soluciones tecnocráticas (y normativas-policiales) para los conflictos, sino que encima elimina la componente conflictiva del ser social humano, para llegar al “paraíso funcionalista”. Si, como postula el racionalismo y practican los tecnócratas en la medida de sus posibilidades, tuviésemos un buen funcionamiento y una ciudad eficiente, desaparecerían todos los conflictos originados por las innumerables razones de la vida social (confrontación de clases, delincuencia, debilidades naturales, deformaciones de la conducta individual, enfermedades de todo tipo, oportunismos diversos, etc. etc.). Habríamos barrido con todos ellos. Y con ellos habríamos cambiado la ciudad, borrando al ciudadano tal como lo conocemos actualmente. En su lugar aparecerían los autómatas, los robots<sup>3</sup>. Pero eso no se logró ni en Brasilia.

Algo de eso sucede ya en las metrópolis de larga historia y que hasta la guerra europea 1939-45 tenían carácter y eran coherentes todavía. En las ciudades históricas la metamorfosis ha sido muy brusca, la transformación muy rápida y no ha habido tiempo para que la población urbana perciba los cambios y se prepare para acoparlos a su vida. Lo cual se debe pensar en relación a dos hechos: uno, las ciudades europeas estaban en ruinas después de la guerra; y dos, tengamos en cuenta la ley de las generaciones; ¿qué entiende un niño de los acontecimientos que no vivió?; la historia ayuda pero no es todo. Hoy, el hoy es siempre mi hoy. El trauma es el de los sobrevivientes, como muy bien plantea Doris Lessing en *Memorias de una sobreviviente*.

El horizonte de expectativas del ser humano nació compulsivamente —si hablamos en términos culturales, la incorporación de medidas autoritarias, o sea, que no son el resultado de una voluntad colectiva y la consiguiente conformación popular es siempre la violación del código de uso del que un pueblo se sirve; puede ser que la “Revolución Industrial” no se haya incorporado autoritariamente, pero sus efectos no han dejado de trastocar la vida doméstica inglesa en los primeros decenios de los tiempos victorianos. Igualmente, la modificación de la forma de vida europea por influencia de la intervención norteamericana durante el período de liberación provocó situaciones difíciles: Recuerdese la cinta *Roma ciudad abierta*. Momentos igualmente desesperantes se han vivido siempre al final de una guerra. Managua y San Salvador lo conocieron igualmente y lo viven en el tiempo de postguerra y el esfuerzo por planificar las ciudades.

Esos nuevos elementos se introducen con el apoyo de una propaganda agresiva, tanto más eficaz mientras más se avanza en el proceso capitalista de producción y se perfeccionan los métodos de mercadeo y de relaciones públicas: a los periódicos, la radio, la televisión y el cine/video se añaden los anuncios desmesurados en calles y estadios, la propaganda en los vehículos de transporte colectivo, en los teatros, estaciones de ferrocarril y gasolineras y hasta en las

iglesias. Ningún lugar se salva de los anuncios luminosos de proporciones gigantescas y de fantasía agresiva de diseño, etc.

Sólo un nuevo invento superará a todos los demás: la televisión gigantesca, sueño dorado de la humanidad que se presentó al mundo en los 1940 y que hoy es la pesadilla por excelencia para algunos y para muchísimos el objeto final de la vida colectiva, la principal droga, cuya conjunción de imagen y sonido ejerce una presión irresistible sobre los seres ya alienados por las condiciones de trabajo despersonalizado en las fábricas y oficinas y que, además, tiene la facultad más perversa de crear el hábito a los televidentes. En ese sentido y de una forma bastante real se está convirtiendo en el verdadero, casi único hábitat completo de ilusión para quienes se sienten atraídos por los programas.

Menciono de paso, pues no es mi intención detenerme más en este tópico los juegos de computadora, que se están llevando al mismo nivel de universalidad y si se puede, hay una conjunción cada vez más complicada y de gran impacto en el público, entre los juegos que uno puede jugar con la computadora y la intermediación de la televisión en programas colectivos que añaden un detalle más, cual es el de la sugerencias sexista de dichos juegos.

La complejidad resultante de esta dinámica provocada por la propaganda y que se expresa en un aumento del consumo, de la movilidad diaria, señalan, mensual, estacional y anual, el aumento del número de vehículos, de la señalización abrumadora de calles y carreteras en los países industrializados por una parte, por la otra la incuria total en ese sentido en los países pobres, pero siempre un bombardeo de propaganda de productos de consumo masivo; todo ello conduce a un abarrotamiento de las vías de tránsito, a un aumento muy superior de la velocidad de los vehículos —autos, buses, camiones, motos— muy por encima de las velocidades de la bicicleta normal y, por cierto, del peatón.

De ahí se derivan peligros mortales, producto de la irritabilidad, la sobreexcitación que, por una parte, no nos dejan vivir, son como tóxicos, pero por otra, curiosamente producen la sensación de vitalidad, de vivacidad en el cambio de las imágenes, un permanente sucederse de cuadros diferentes que, sin duda alguna, produce efectos tonificantes en la imaginación, pero que desaparecen al llegar el individuo al punto del stress.

Opinan los expertos de izquierda que este círculo vicioso, cuyas causas y efectos son aún más complejos, sólo podría ser interrumpido aplicando sistemas enérgicos, radicales, que toquen al modo mismo de producción capitalista; siendo éste un elemento de coordinación superior de la sociedad, puede sin duda controlar las consecuencias del consumo que él dinamiza. Los sistemas que se propusieron trocar al modo de producción capitalista en uno socialista, el comunismo y las democracias populares están fracasando.

Teóricamente el capitalismo hubiera podido regularizar y mantener el creci-

miento de la producción v la relación de los elementos urbanos dentro de límites aceptables v exigidos por la comunidad. Si, en cambio, como sucede, su dinámica de producción se mantiene inalterada, la congestión es siempre creciente y la comunidad debe soportar las aparentes soluciones parciales a los problemas más urgentes. Por otra parte, el socialismo estatal europeo fracasó en Alemania Democrática, los países bálticos, Rusia, Democrática, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia y se deterioró sensiblemente en las comunidades de izquierda de ciudades como Berlín o Roma. En los países con gobiernos socialistas, Suecia, Francia, España, el tiempo ha desgastado las reservas v la transformación del proceso de producción industrial ha debilitado la clase obrera como actor de primera línea. Esos partidos dejan el gobierno a partidos de derecha que están insertos en la ideología de la globalización, y El Salvador nos ofrece un caso de estudio muy determinante.

Para Centroamérica el autor más autorizado en este tema es el arquitecto-sociólogo Mario Lungo Uclés quien para el caso de El Salvador<sup>4</sup> ha conseguido relacionar los procesos revolucionarios con el conjunto socio-urbano. Y en el contexto regional está vinculando permanentemente el proceso productivo con la política de suelo urbano, y por ende, dando una visión activa y no tecnocrática de la ciudad: para él no se trata de aplicación de leyes urbanísticas., sino de estudio de procesos urbanos. En eso está dentro de la gran corriente de izquierda con grupos desarrollando un gran trabajo en todo el continente.

Ahora se buscan caminos para orientar toda una generación con energía acumulada, inteligente pero inútil, desocupada en un sistema social que ha comenzado con todo cinismo a prescindir de seres humanos. Son necesarios esos caminos para evitar catástrofes. La discusión teórica en el campo socialista en el sentido de revitalizarlo incorpora de hecho la crítica al capitalismo se dice que las ideas funcionalistas han fracasado y, sin embargo, siguen en vigencia: su substitución para las postmodernistas no son otra cosa que una bello fachada. El trabajo es de otro nivel. Cada ciudad en particular tiene un paquete de problemas que resolver, sus categorías, sus contradicciones y lo está haciendo: Hamburgo, su litoral frente al Elba. En Berlín, el barrio de Kreuzberg, en Santiago de Chile el barrió allende el río Mapocho ocupado par la maquila dominada por los coreanos, en Los Angeles la modificación de los servicios públicos del sistema viario. Sevilla y Barcelona han emprendido una modernización ejemplar, a la que sigue de cerca la de Madrid. Las ciudades se revitalizan en la nueva imagen pública, que llegó al paroxismo en el París de Mitterand.

Pero, ¿habrá posibilidad de generalizar? Siempre la misma pregunta, ¿no podremos nunca decir con la seguridad de un chino de la dinastía Han o un Campanella cómo debería ser la ciudad? ¿Por qué es tan fácil decir esta es una ciudad gótica? Claro que podemos decir que esta es una ciudad moderna, pero, ¿es la ciudad que queremos?

La respuesta, para muchos, está en la práctica. Si me propongo buscarla para ciudades tan dispares como Managua y Buenos Aires, encontraré categorías tan generales (dos ciudades latinas, con población del mismo idioma, con la misma dependencia colonial de España hasta tal y tal año) y luego vienen las diferencias, aunque al principio no tan grandes, después, enormes. Las que me obligarán a hacer dos estudios por separado. Pero, ¿de qué?; de cantidades, de cuotas de crecimiento. De aspiraciones, de sensaciones. Y ahí, es fácil perderse.

Los grupos de trabajo de género dedicados al estudio de casos de hábitat con el acento sobre las necesidades de la mujer en tanto productora y reproductora de la fuerza de trabajo están trabajando una visión de la ciudad desde ese punto de vista para formular un cuerpo completo de teoría estudiando las diferencias entre el universo urbano de la mujer y del hombre. Teniendo en cuenta que en los países pobres el porcentaje de mujeres jefas de hogar es mayor que el de los hombres se entiende muy bien la razón de desarrollar una planificación del hábitat en base a las necesidades de los grupos actores reales mayoritarios y no siguiendo una tradición de urbanismo a secas, en donde siempre se sobreentendieron las necesidades de familias "lideradas" por hombres como jefes de hogar<sup>5</sup>.

Los tecnócratas han encontrado algunas reglas simples para ayudar al estudiante de planificación urbana y regional a aproximarse al problema (algunas podrían permitir la solución de los más simples casos); algunos aspectos se comprenden sobre el plano urbano. Las mejoras propuestas por las oficinas de planificación deben pasar seguramente por ese filtro de análisis. Pero habría que comprobar si ese método clásico es el único; habría que preguntarse si esa es la manera más acertada para tratar de entender una ciudad. ¿Qué representa, por ejemplo, el plano de la ciudad de Buenos Aires?: un damero monótono, infinito y unos detalles a descifrar con códigos de urbanista. Y sin embargo, la vida en las calles de esa metrópoli sí diferencia en ciertas zonas casi de cuadra a cuadra en un espectacular despliegue de posibilidades dándole al damero una significación que no puede ser extraída de la simple lectura planimétrica. Mientras que en las zonas a leer con ayuda del código, pronto se descubren las mismas líneas que representan las mismas cosas; puerto, estación de ferrocarril, fábrica, frigorífico; no es que la vida aquí no sea diferente, diferenciable pero las diferencias provienen de la gente y no de las instalaciones.

Para volver al título inicial, la ciudad de la ficción no ha dado resultado, nos ha confundido, da herramientas a industriales y especuladores, a la banca privada. Los aspectos vistos aquí no son todos: faltan algunos muy importantes en lo que hace a la vida de relación social de una comunidad urbana (o de la falta de relación). Pero, dejando esa constancia, quisiera invitar al amable lector a relacionar la ciudad ficción con otro pensamiento, la utopía urbana.

## Utopías para la ciudad

Incluso si la ciudad del porvenir funciona perfectamente, incluso si se adapta a las nuevas condiciones de vida, como las ciudades medievales se adaptaron a las de su época, no conservarán su valor semiológico si no es con la colaboración de sus habitantes." (Françoise Choay, *El urbanismo, utopías y realidades*).

Las visiones de algunos arquitectos contemporáneos corresponden a una toma de posición frente al avance tecnocrático.<sup>6</sup> Y en todo momento tiene un carácter de rechazo respecto a la invasión deshumanizante de los tecnócratas. Después de un período de revisión de todas las posibilidades del racionalismo, los utopistas retoman ciertos enunciados fundamentales del urbanismo y de la sociedad actual, para traducirlos a proposiciones concretas para la formación (y transformación) de la ciudad hoy. En esta corriente general se observa la necesidad de zafarse del mero urbanismo normativo de ancho de calle, pendiente mínima, cantidad de semáforos por cientos de automóviles, etc. para pasar a algo más vital.

Partiendo de la vida misma y de las manifestaciones sociales urbanas o de su cristalización en formas físicas urbanas de formas que se van justificando por la práctica diaria aparecen, por una parte los *postmodernos*, por otra, los *humanistas*.

Ambas corrientes se van desarrollando al interior de los sistemas en las naciones industrializadas, como parte de una respuesta colectiva al opresión del modelo tecnocrático; lo que es consecuencia de un proceso generacional; es la gente joven que no vivió la guerra (¿quién no ha vivido una guerra?) ni debió hacer los esfuerzos enormes de la "reconstrucción de las ciudades", sino que quiere vivir su propia vida como puede y lucha por ello a su modo.

En lo urbano, las nuevas soluciones de postmodernos, como de humanistas (a los que también se los podría llamar *ecologistas*, aunque para mí no es exactamente lo mismo) son de esencia técnica y cultural, acompañada de una voluntad de adaptar las nuevas formas a las tradiciones de la vida burguesa; los humanistas sin embargo, destacan en manifestar el derecho al valor comunitario de la vida de "barrio" recreado en un ámbito espacial más adecuado a la vida; el hábitat se convierte en consigna. En él se habrán no hay trabas ni falsas expectativas; es la utopía de una vida social sin frustraciones.

La utopía postmoderna es igualmente barrial, con la enorme diferencia que la escala es la de la city y su contenido es más realista: se trata de hacer buenos negocios.

Desgraciadamente, todo esto aparece muy vago en la formulación teórica, si bien es cierto que el nuevo diseño, tanto de los postmodernos como de los eco-

logistas/humanistas es muy atrayente, como se puede ver en las realizaciones puntuales. Dichos proyectos surgen como resultado de gestiones a nivel político y político-económico. Tienen poca posibilidad de realizarse sino se apoyan en la superestructura financiera. Y en ese caso, éstos determinan con gran precisión los alcances de qué proyectos pueden impulsar. También tienen una normativa rigurosa. Entonces, aparece como una verdad muy cruda: que en el momento presente los grandes problemas urbanos no pueden ser resueltos sólo por la élite profesional; ni por los científicos, ni por los planificadores y/o arquitectos. Tampoco lo logran los sociólogos y/o economistas, ni los antropólogos, o sea todos los que hasta ahora se han comprometido por separado a la solución de los actuales grandes problemas urbanos.

La ciudad presente no es una simple yuxtaposición de edificios, visión enormemente limitada pero muy ampliamente difundida de los propietarios de inmuebles e inversionistas, interesados únicamente en la renta y que es ajena a la concepción profesional, con algún sistema intrincado de comunicaciones e infraestructura que los relaciona, visión tecnológica, que deriva fácilmente en tecnocracia, al darle prioridad absoluta a ciertos elementos físicos, de la infraestructura, descuidando otros: carreteras versus parques y áreas verdes; edificación alta, el "progreso" versus edificación baja, "vecinal", etc.

Hoy, la ciudad debe cumplir todas las condiciones que la declaran como "eficiente": realización de un número alto de funciones, disponibilidad de espacio para la realización de obras que posibiliten esas funciones; además de ello, la ciudad se ha convertido en un hecho absolutamente nuevo en la continuidad de la sociedad urbana. El nexo con otros hechos de la geografía ha pasado a ser más abstracto cada día, cada vez más tenso, como sufriendo bajo los efectos de presión y decomprensión entre el campo y la ciudad, del espacio abierto no-ciudad al espacio cerrado ciudad y viceversa, del espacio elaborado, tareaceado, bombardeado de tecnología, transformado, sofisticado, al espacio elemental, tal como es, campo, pantano, bosque, pradera y/o está siendo transformado, campo de cultivo, arado, rastrojado, resemebrado, llovido, agroindustrialmente cosechado. Lo cual no niega de ningún modo su cosificación.

Sea por la acción de los individuos o por la de los organismos, sea por la acumulación distinta de cosas o por el tipo de intercambio entre unas y otras, la ciudad así conformada, ¿o deformada?, no es ubicable tipológicamente en lo que antes de esto se entendía por ciudad. O por lo menos existen ciudades que no lo son. Seguramente existen muchas ciudades donde no sucede nada espectacular y donde el alineamiento de las casas no significa en el ordenamiento urbano más que eso, respetando la magnificencia de un palacio entre ellas. Se trata, más bien del carácter de símbolo que tienen ciertos edificios hoy en el centro de ciudades "modernas" —tribunales, universidad, oficinas públicas y privadas— elementos constitutivos del código urbano y que se hace urbanismo. No sólo, hitos, símbolos.

Es alrededor de esas nuevas y renovadas instituciones, de esos no tan nuevos heraldos y esbirros, que se gesta, no siempre y parte de el urbanismo actual siguiendo las tendencias principales hacia la "ciudad-orden": acumulación de objetos, sistemas, recursos, sensaciones y aprendizajes, lo que podría llamarse "información" o "entropía" y que se conforman de tal manera que son casi la ciudad misma.

Cabe la pregunta por qué esta preocupación por dramatizar el problema de un tipo determinado de ciudad en su momento más crítico anterior a la catástrofe. En primer lugar, por que la tendencia general del desarrollo actual al interior del sistema capitalista central, hoy globalización, es la sofisticación de la ciudad. Como creación o cincelado de la sociedad actual surge este tipo de ciudad; tiene dentro de ella todo lo que hasta el presente haya podido significar la realización de un sueño de la sociedad euro-occidental urbana que vivimos o ansiamos vivir. En segundo lugar, por que es bien probable que esa línea de desarrollo o de devenir no va a variar aún durante mucho tiempo en las zonas de la utopía. Más aún, a ella adherirán en su desarrollo hasta desembocar en gigantismo muchas ciudades menos ricas pero igualmente enfermas de sofisticación y neurastenia, plagadas por añadidura de los males del subdesarrollo.

¿Y entonces, qué? Una de las utopías es el trabajo interdisciplinario. Veremos cómo se puede realizar entre profesionales sólo. Ensayemos ver relaciones. No dudo que la relación de todas las ciencias es algo positivo, que la biología y la química, trabajando juntas han contribuido tentativamente a avances en el conocimiento del origen de la vida y de dietas que puedan alargarla, que la física industrial permite aprovechar mejor las propiedades de las materias, y que la sociología política ayuda a la administración.

Sin embargo, hace falta algo más específico para producir una ciudad ¿El trabajo interdisciplinario para producir ciudad está organizado en la hoy llamada planificación regional, reemplazando ese concepto el más académico de urbanismo. ¿Es necesario decir que, sin embargo, hacen falta siempre urbanistas? ¿Es posible, además, suponer que el urbanista aprenda a trabajar con el nuevo concepto? Porque, ¿qué hay de común entre todas ellas?

Preguntemos qué quiere decir urbanista hoy. Otros, quizá más lúcidos, se preguntan: "Después de los urbanistas, ¿qué?"; pero no nos apresuremos. Y qué queremos decir con planificación regional urbana. El urbanista no define la ciudad ni tampoco la tipología de habitante urbano. Le da forma a la ciudad, una forma académica, surgida de postulados morales/estéticos. El pensamiento racionalista-tecnocrático está localizado en el planificador regional urbano. Son dos momentos distintos, el uno utopista, el otro pragmático. Lo que da dos géneros de ciudades.

Sin embargo, históricamente, los "constructores" de ciudades son sus habitantes, desde el más lúcido hasta el más inteligente, desde el más rico al más

desfavorecido. Sus utopías diversas plantean soluciones plausibles pero difícilmente realizables. Cada uno dispone de márgenes que se van definiendo según cómo insistan en sus derechos. Es una forma de actuación ciudadana siempre algo subversiva la que hace lo particular de cada ciudad. Me parece, además, que una buena dosis de nostalgia es inevitable en la producción del hábitat y la formulación de la utopía, aunque sea cursi. Hay que entender el humor: la específica construcción de casas alpinas (¡nieve!, ¡nieve!) en el trópico. Cuando los vecinos de un barrio en Buenos Aires se hartaron de reglamentaciones municipales, prohibieron la entrada a los inspectores y produjeron las fachadas más locas del mundo, de su propia invención. Y siempre respetando los derechos de los vecinos. Estaban constituyendo su propia identidad colectiva, una veta sublimada de la personalidad..

En conjunto, el ciudadano, el habitante urbano que por ser lo adquiere derechos urbanos. En tal sentido, no adherir a su condición, siendo social por ejemplo. Rechazar el tecnocratismo apunta a perder sus derechos de urbano. Con lo que urbano cae en la trampa para poder seguir siéndolo. Sólo puede salvarlo la intuición. Una posición plausible e, incluso, deseable: la ciudad que piensa e intuye. A la utopía corresponde la cualidad de lo intuitivo. Una intuición acompañada de un conocimiento profundo, como lo formula Rudolph Schawarz: "Y hay ese plan, que sólo quiere ser un gesto de la vida entera, un bosquejo en donde ella pueda darse en toda su profundidad y vuelo, en sus tinieblas y luces, un plan que deviene, que crece junto con la vida, que ésta proyectada para sí misma, semilla de mundo, seguro compañero de vida vivida".<sup>7</sup>

Ciertamente, el llegar a una forma exige un gran número de consideraciones sobre los sujetos y objetos de la ciudad. Porque en último análisis ella debe ser construida. Y aunque durante su construcción, destrucción o transformación haya movimiento, ella es algo fijo y amarrado, sus partes no están dotadas de la facultad de moverse; su esencia es ser base, fundamento, permanencia. Esa es, al menos, una interpretación casi universal. Y las cosas de uso, las cosas que se mueven, sirve como sistema de información, de conciencia de vida urbana.

Un edificio no tiene derecho a participar en la vida urbana si no está firme en la tierra y dotado de las que se mueven dentro de él: líquidos, gases, objetos, aparatos, gentes. Los ritmos no son dados por la piedra, por el hierro ni por los muros; sólo lo que se mueve deviene, por ser necesario y usado, gastando, reemplazado. En contra de esto están varias legiones: los minimalistas, viendo la transformación ínfima de la piedra; los metabolistas, haciendo mover a las ciudades; los que no pueden dejar de sentir el movimiento caótico, cósmico, etc..

Los sentidos desean que en la ciudad haya movimiento. De la necesidad de trasladarse y transportar personas y cosas de un lugar a otro se ha creado con el tiempo el hábito, y de éste ha nacido el deseo, ese imperioso gestor de acciones del habitante de las metrópolis: andar, moverse. ¿Cómo desconocer en la planifi-

cación ese ingrediente superlativo del movimiento en la vida urbana? Pero no convendría reducirlo a mover masas inertes, vehiculos, números, etc..

La organización, administración y puesta en marcha perfecta de ese organismo es ya una respetable tarea y algunos consideran eso una forma de urbanismo. O sea, arriesguemos una tesis: urbanismo se produce en dos universos, a) construcción de la ciudad, que significa la obra, el mito de Roma, la eterna Ur. b) la artesanía de los objetos, el aparataje, las poleas de trasmisión, las correas, los tubos, los ascensores, los fluidos que habitan y dan vida a ese monstruo amable, silencioso, paciente; a esa superficie de tierra que dejó de ser lo que era para pasar a ser hermetismo de materia rígida, unívoca: la ciudad aparato.

Sea. Fabriquemos los diálogos utópicos entre todos: tecnócratas, funcionalistas, ecologistas, políticos y gente. Este recibe un título, aquel otro. El de gente es el más difícil, su poseedor es "es que recibe la bofetadas", víctima de la demagogia. No obstante, la gente intuye. Los tecnócratas no pueden hacer una ciudad por querer sólo saber y no intuir sobre la paciencia de la piedra, sobra la libertad que se toman las cosas para moverse; por no creer en la gente tienen los ideólogos del "modelo tecnocrático" un proyecto extraño a la gente. Y, a pesar de ello, la ciudad se hace y se administra.

A pesar, entonces, de todas las particularidades de las ciudades, nos hemos puesto a ver situaciones globales. Y es que éstas atraen, quizá por que nos acercan a un escenario fantástico, donde vemos una obra que entendemos, que quisiéramos comentar, coherer, saber nuestra. Hay esas cuestiones comunes que pueden ser enunciadas, pero que pierden su razón de ser, mueren si se las mete dentro de una tipología, si se las almacena en una fichero para una posterior reproducción, así como un castillo inglés es risible en un parque norteamericano rodeado de carreteras y es imposible en un entorno latinoamericano, que seguramente es de tugurios. Posiblemente en la Inglaterra de hoy se trata de algo distintamente risible.

Número de habitantes, situación topográfica o geográfica, nación, sistema económico, etc., son sólo parámetros aislados. Su combinación proporciona modelos. El paso siguiente está en la incorporación a la práctica urbanística de la necesidad propia del inherente capitalismo de reproducirse y aumentarse, lo que éste realiza a través de la producción masiva; la producción masiva de automóviles produjo la ciudad "regulada por el auto", utopía de los años '50.<sup>8</sup> Esa utopía es hoy la familiar pesadilla que Cortázar relata en "*La autopista del sur*". (Cortázar: 1979, 166) "Normar", sería la cristalización de esos modelos. Sin poder aconsejar, ni poner acentos ni ayudar a la gente a construir la ciudad, la práctica administrativa en oficinas municipales y privadas es poner límites a abusos, reales o imaginarios.

Pero, ¿acaso no había producido el mismo capitalismo a partir del siglo pasado una utopía del progreso que se resolvió en selva de acero en las metrópo-

lis para soportar sus trenes urbanos, no había cavado kilómetros de túneles, perforado siglos en busca de hulla? Las imágenes de Brooklyn, de sus sórdidos pasajes de metro; los de Berlín, París, Buenos Aires tuvieron su propia selva de acero antes de que el auto exigiera sus avenidas para desbocarse, sus túneles para quedarse atascado, sus puentes para despedirse por los aires.

Y antes aún: ¿no había sido imprescindible para los monarcas de los 1850 borrar la historia, derribar murallas, reemplazarlas por la utopía de la sociedad de la "Belle Epoque", con sus bulevares de fasto partiendo de arcos de triunfo y llegando a nuevos palacios? Esos bulevares igualmente clásicos: Unter den Linden, Champs Elysées, Vía dei Imperiali; espacio para las tropas abigarradas, las fanfarrias que llamaban a la guerra de vistosos uniformes, en su gallardía, en su patriotismos riente de parada militar. Y que albergaban a paseantes satisfechos de su posición social, de su importancia en la escala urbana, que ignoraban las poblaciones de los suburbios y despreciaban a los que hablaban de ellos.

Como hoy pretenden hacerlo los importantes y atareados seres que animan las calles de Río como barones del café y de la Amazonía, de Santiago de Chile como ingleses del Cono sur, de Caracas como capitanes del petróleo, ocupados de sí mismos y de sus brillantes, mientras dejan a ediles corruptos que les hagan sus ciudades, creándose o creyéndose una pobre utopía de desigualdad indecorosa y plagiada, temerosos empero en la vida real de sus metidas de pata frente a situaciones de confrontación internacional o de los ataques auténticos y éticos de grupos urbanos que los acosan desde la pobreza de los barrios, imbatibles. O de tanto fantoche de uniforme que se mete a Presidente porque se le da la gana o porque se junta con los plutócratas y recibe el agua bendita de tanto prelado venal.

Y cada vez ha habido una teoría para justificar la utopía, o casi. Cada vez ha habido una puesta en práctica, una lectura y una reformulación de la utopía/teoría anterior o de la primigenia, etc. Se me ocurrió que todo ese oleaje de teorías se podría clasificar como sigue:

- A sobre la concentración y sofisticación de la ciudad;
- B sobre el desarrollo desigual de algunos núcleos urbanos con respecto a todos los demás de una aglomeración dada;
- C sobre la evolución socio urbana diferente del habitante de esas grandes ciudades, con respecto al de ciudades menores y la población de las regiones.

Esas tendencias pueden conformar un sistema interactuante, dentro del cual hay escalas diferenciadoras: los centros urbanos difieren de la región, la metrópoli de la ciudad pequeña, el barrio del corazón de la ciudad. Cada una un tipo propio, con relaciones cautelosas, recíprocamente desconfiadas, agresivas: la industrialización del siglo XX produjo relaciones más estrechas entre las metrópolis, en un "sistema internacional" de respeto mutuo, de rivalidad y de imitación".

Por otra parte, "en Francia se sintió tanto la influencia de París (también en el siglo XIX) que en las provincias aumentó en forma inquietante la envidia y la enemistad contra la capital (Sutcliffe: 1984, 33).<sup>9</sup>

¿Tiene eso su teoría? Si no existe una teoría, existe seguramente una rica información histórica. Estudios más profundos permitirían establecer categorías entre las tres suposiciones A, B, C enunciadas por mí más arriba, si ello resultara oportuno. En un anexo he intentado aplicarlas a un estudio de caso, Argel; no todos los momentos indicados han aparecido en el estadio de desarrollo ni con la misma importancia en todas las grandes ciudades al mismo tiempo.

Quizá ésto no sea relevante como dato histórico pero nos permitiría retrotraer el mito a realidades y así permitir la utopía a las generaciones venideras (la verdad es que las atosigamos de historia). Por ejemplo, Londres y París son semejantes en el grado de concentración y sofisticación, pero la desigualdad del desarrollo entre Londres y las otras ciudades inglesas es menor que la de París con respecto a las otras ciudades francesas. Milán alcanza un grado mucho mayor de concentración que Florencia, pero la forma de concentración es diferente en ambas y la sofisticación de Florencia es muy otra que la de Milán. Algo semejante sucede con las dos más grandes ciudades latinoamericanas So Paulo y México.

¿Qué derecho real tenemos a la utopía? La diferencia de las grandes metrópolis con respecto a sus territorios se presenta en el Tercer Mundo (o países marginales) mucho más cruda y preocupante desde la perspectiva del desarrollo integral del país (ver los cuadernos Trialog). Siendo, por ejemplo, Bombay una ciudad inmensa, aparecen su concentración y sofisticación como una leyenda en una región arcaica, pauperizada y fatalista. La atracción hacia la gran ciudad —que en la India es un fenómeno con características muy distintas a las del "mundo occidental" (la pobreza no es índice) —puede ser ejercida por la fastuosa riqueza acumulada a lo largo de los siglos, por el rol simbólico de la ciudad o por las posibilidades de trabajo en un centro de producción moderno. En estos casos el derecho a la utopía se perfila con respecto a un fin preciso y se puede hablar de utopía colectiva.

Una palabra a favor de los técnicos: Como inventores tienen algo de utópicos: son los productores de los objetos que se mueven dentro de la ciudad, son los que nos dan la sofisticación acorde con los tiempos; me imagino cuál habrá sido la fascinación que flameó sobre la población florentina cuando se levantaba lentamente la maravillosa cúpula brunellesciana; o la atención anhelada de los habitantes del Bronx neoyorquino prestada a las vigas, columnas y travesaños del nuevo elevado; o la visita obligada de la población de Buenos Aires durante la erección del Obelisco en pleno cruce de la famosa Avenida Corrientes con la metropolitana Avenida 9 de Julio.

¿Quién no monta con ansiedad en un telesférico, sea en Río de Janeiro o en el catalán Montserrat? Que el técnico tiene que cumplir su tarea específica es bien fácil de entender, porque se comprende la importancia de su tarea. Un tornillo tiene un encanto estético que proviene de una tecnología refinada. Es el encanto de la Torre Eiffel. Pero, ¿hace falta ésta? Casi sería una justificación por encima de todo argumento su carácter de símbolo. Algo semejante sucede con la Estatua de la Libertad en New York; o con el Cristo do Corcovado, en Río.

¿Pertenece el símbolo a la utopía? Es sofisticación. ¿Pertenece ésta a la utopía? Se podría hacer una comprobación en abstracto. Que pasaría si no existiera más la Torre Eiffel (el cuento de Graham Green, del que se la robó por un fin de semana sin que nadie se diera cuenta y tuvo problemas para volverla a poner en su sitio). Algo semejante sucedió en Berlín Este, capital de la ex RDA cuando se demolió el casi intacto Berliner Schlo (Palacio Real), que había sido bombardeado pero no irremediablemente destruido durante los bombarderos aéreos de la última guerra. En su lugar se aplanó el terreno para formar una plaza árida y políticamente conmemorativa, flanqueada por horribles edificios funcionalistas.

“La utopía de ayer es la actual realidad”.<sup>10</sup> Esta frase del sociolista alemán Oppenheimer se aplica a objetos, a cosas, si bien destinadas a servir al hombre. Franz Oppenheimer veía la miseria social en el monopolio del suelo urbano: la solución en la eliminación del latifundio y en las cooperativas de asentamientos, justamente lo que en este momento se está tratando de desarticular en El Salvador, eliminando la única conquista real se había logrado con tantos años de guerra popular. Oppenheimer vivió desde 1885 hasta 1943. Fue economista, sociólogo, médico, profesor en Frankfurt desde 1919 hasta 1929; propugnaba un socialismo liberal. Era, sobre todo un utopista técnico/intuitivo.

La utopía podría ser una dimensión secreta. Algo así insinúa Italo Calvino cuando dice en cualquiera de sus cuentos de *Las Ciudades Invisibles*: “Tendría que hablarte de la *Berenice* escondida, la ciudad de los justos, que construyen con lo encuentran en la sombra de trastiendas y depósitos bajo escaleras, anudando una red de hilos, tubos, poleas, pistones, contrapesos, que se infiltra como una planta trepadora entre grandes ruedas dentadas). Es al mismo tiempo la ubicuidad: “Aunque por medio de una reglamentación minuciosa, la vida de la ciudad (de *Andría*) sucede con la calma propia al movimiento de los cuerpos celestes y adquiere el carácter de necesidad de los fenómenos que no están sometidos a la arbitrariedad de los hombres”.

Dado eso, el proyectista en tanto urbanista, que en tanto planificador urbano se desespera y trata de que no se le note cuando se le escapa la utopía, cuando no puede dominar la fantasía de tantos habitantes de la ciudad. Apela al reglamento, se convierte en disecador urbano y todo comienza a ponerse rígido; la lucha urbana se basa en la posición de los distintos grupos, guerrilla urbana, por su margen propia de utopía. La casa del pobre es la choza pero su dimensión

utópica no puede ser definida. No existen reglamentos para construir un rancho para planificar un campamento desde una oficina.

Lo grave del caso que eso no se remedio con un “proyecto e intención social”; cuando se metió el técnico corre peligro la intuición del constructor anónimo, siempre respetuoso de las mínimas demandas de su cliente, pobre de solemnidad, para quien una verja es una fortuna y no debe ser demolida por que lo manda alguna norma. Se podría hacer una paráfrasis del verso: “¿Qué cultura va a tener si nació en los carbonales?”<sup>11</sup> ¿Qué urbanismo hay para quien defien- de un palo (árbol) que le puede dar fruta, sombra o, cadáver ya, leña?

La utopía de las ciudades renacentistas fue una cualidad del ciudadano. Sea en los palacios, templos o barrios sórdidos, el individuo urbano fue y es un inventor por excelencia de imágenes y escenas. La necesidad del éxito en una transacción comercial, que se tratase de una docena de huevos o de un carga- mento de especias, obligada a desplegar recursos oratorios y encontrar argumen- tos para convencer.

Y de esta imagería nace lentamente un repertorio: Decamerón, Cuentos de Canterbury, Don Quijote, Huckelberry Finn, y los dramas urbanos clásicos Molière, Shakespeare, Calderón de la Barca. Han persistido durante siglos y siguen siendo el abstracto inmovible de la cultura europea y norteamerica- na. Cultura se da en la ciudad. Y aún cuando hubo superposición de culturas o precisamente por eso, enriqueció la imaginación de cada cual, se refinó la inter- pretación y reproducción del mundo.

## Notas

1. Hans Paul Bahrđl: “La moderna metrópoli”, p. 78.
2. Tomas Maldonado: “Ambiente humano e ideología”, p. 37.
3. Robots: Quizá sea útil recordar que la palabra es de origen eslavo y significa “traba- jo de gleba” en Checoslovaquia; el término fue creado con un sentido moderno por el escritor checo Karel Capek en su obra de teatro “Robots Universales de Rosunn” que se estrenó en Praga en 1921. Un industrial norteamericano lo usó para su inven- to poco tiempo después. Pero una realidad más tangible y más preocupante se pre- senta en las sociedades actuales en una forma que se parece a los “epsilones” de Aldous Huxley en su novela “Mundo feliz”, seres humanos producidos en enormes retortas como resultado de la división repetida de un sólo óvulo fecundado hasta producir doscientos ejemplares iguales, que después nacen y se usan para los traba- jos más elementales, totalmente sumisos y sin más rasgos de humanidad que los deseos previamente programados. Las investigaciones genéticas actuales ahorran todo comentario.
4. Mario Lungo Uclés: El Salvador en los 80: Contrainsurgencia y Revolución. EDU- CA; San José, Costa Rica 1990.
5. La familia tradicional, liderada por un jefe de hogar sigue siendo una la base ideoló- gica para la ley, lo cual dificulta el asegurar a la jefa de hogar (sin hombre) una

- igualdad de derechos. Eso hace que el camino hacia un hábitat liderado por jefas de hogar sea largo.
6. Dos textos que considero fundamentales para la interpretación de los datos sobre las metrópolis: para Europa fundamentalmente, la monumental obra de Lewis Mumford "La ciudad, historia y panorama". Para una visión latinoamericana la valiosa obra de Roberto Segre "Arquitectura y Urbanismo Modernos, Capitalismo y Socialismo", de una actualidad (1996) necesaria para la relativización entre los países de las diferentes formas económicas y con respecto a los del ex tercer mundo.
  7. Rudolf Schwarz: "Construimos en esta Tierra". El profesor Schwarz fue planificador de la reconstrucción de la ciudad alemana de Colonia. Su punto de vista fue espiritual y místico, más que pragmático y/o estético. Sigue en ese sentido una corriente idealista alemana que coloca al hombre en el centro del mundo pensado.
  8. Roberto Segre pone como ejemplo la ciudad de Los Angeles (ob. cit. p. 372, lám. 87); efectivamente, Los Angeles tiene una superficie de 100 kilómetros cuadrados, 35 km. de radio, 8.5 millones de habitantes. Su distribución es bien elemental y pensada en la especulación de terrenos: se trata de inmensos cuadriláteros distribuidos en un danero que sólo se enriquece con alguna curva a los efectos de evitar un accidente de terreno o no dividir una gran propiedad existente. La construcción se realiza según las posibilidades de la especulación dentro de un cuadrilátero cualquiera, sin plan general; con el resultado que entre medio quedan enormes baldíos esperando tiempos propicios para ganar fuertes sumas con alguna nueva "urbanización". Un grotesco ejemplo de esto fue la Managua que "reconstruyó Somoza" después del terremoto de 1972.
  9. Anthony Sutcliffe: "Las dimensiones históricas del moderno problema de las metrópolis", en "El Futuro de las metrópolis", London, New York, Berlín. Artículos de la Universidad Técnica de Berlín. 1984. Catálogo de una exposición.
  10. La frase es de Franz Oppenheimer, el "último enciclopedista, apasionado partidario de la reforma urbana y promotor de asentamientos", según Klaus Novy en su artículo La Utopía hecha diaria —las reformas propuestas por las cooperativas de vivienda en Berlín antes de 1914", en el "El Futuro de las Metrópolis", London, New York, Berlín. Artículos de la Universidad Técnica de Berlín. 1984. Catálogo de una exposición.
  11. Canción de Carlos Vives.